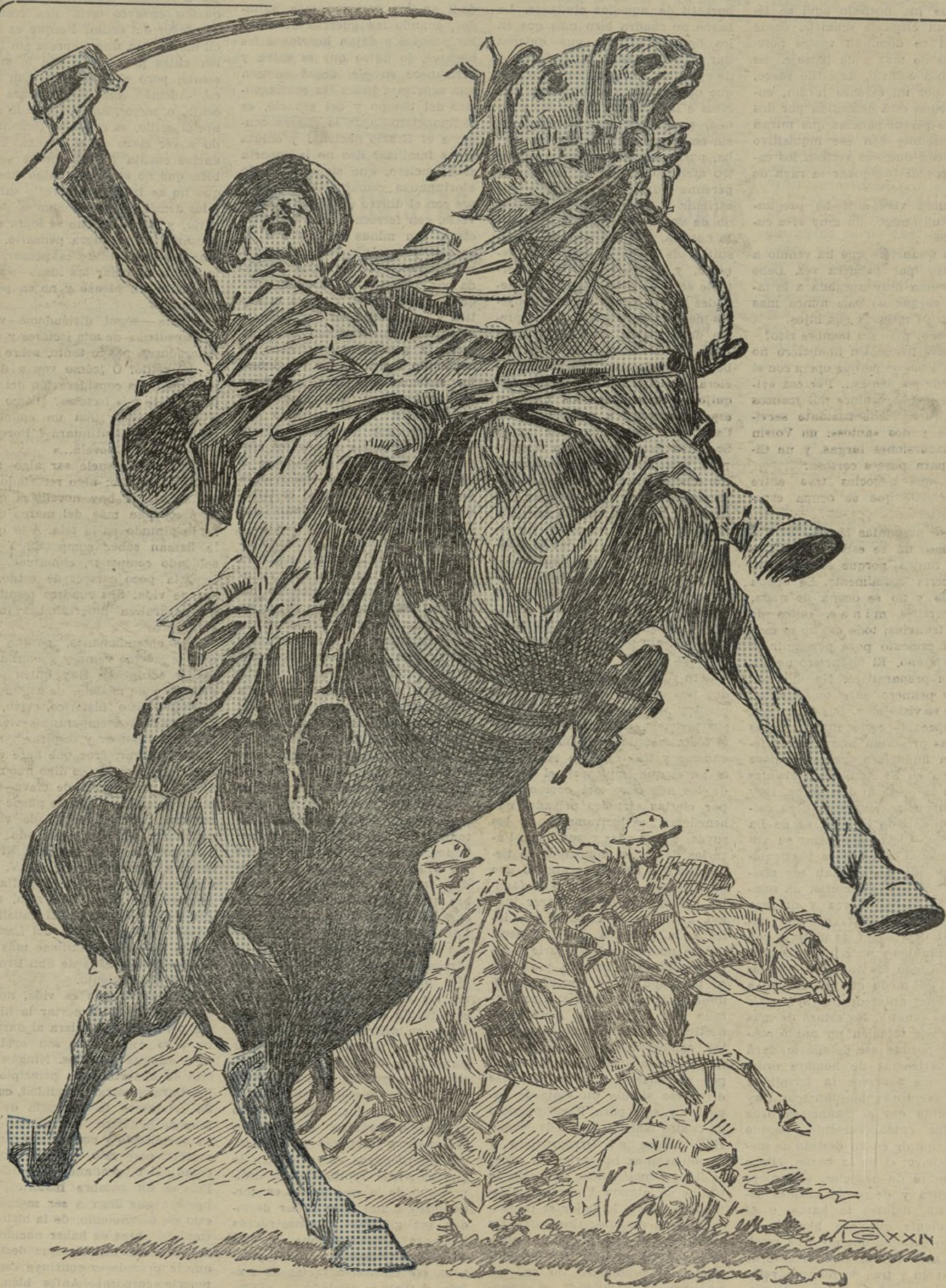


# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 14 DE SEPTIEMBRE DE 1924

NÚM. 20.476



Carga de caballería, dibujo de Agustín



# A OCHO DIAS VISTA AL REDEDOR DEL ESTILO

## Elogio del financiero

A pocos pasos de la casa en que me hospedo aquí se levanta un elegante «chalet», desde el cual se dominan vastas perspectivas de mar y de paisaje. Es un airoso edificio, de estilo vasco, ceñido por un extenso jardín, cuya entrada está defendida por dos grandes perros policías que miran al transeúnte con ese inquisitivo recelo con que nos reciben los carabineros al franquear la raya de Irún.

—¿Quién vive ahí?—he preguntado a un amigo, sin muy viva curiosidad.

—Un financiero que ha venido a Guethary por primera vez. Debe ser persona muy apegada a la familia, porque no sale nunca mas que con su mujer y sus hijos.

—Bueno; pero ¿es hombre rico?

—¡Rico! ¡Rico! Un financiero no es nunca pobre, porque opera con el dinero de los demás... Por esa «villa» ha pagado quince mil francos de alquiler. Tiene bastante servidumbre y dos «autos»: un Voisin para excursiones largas, y un Citroën para paseos cortos...

—¿Y qué negocios trae entre manos? ¿De qué se ocupa especialmente?

—¿Qué preguntas hace usted! Un financiero no se especializa ni se limita nunca, porque eso le empujaría socialmente. Se ocupa de todo y no se ocupa de nada. Ferrocarriles, minas, saltos de agua, tranvías; todo eso no es mas que el pretexto para perseguir el dinero ajeno. El financiero no oficia sin preparativos. No improvisa. Lo primero, para no fracasar, es que se vista bien. Sus trajes son de impecable corte inglés, y sus camisas pregonan una buena tijera. Un financiero que se equipare de ropa en El Aguila no levantaría en la plaza ni diez duros. Hay que inspirar confianza. Bien calzado—¡nada de Eureka, ni de La Imperial!—, debe completar su aliño personal con ciertas particularidades que no podrían ser olvidadas sin comprometerle; un sombrero de buena marca y un par de sortijas sencillas, de las cuales una deberá ser de platino, con dos brillantes y un zafiro, y la otra de sello, con las iniciales entrelazadas de modo que autoricen a suponerle antecedentes aristocráticos de familia. No estará de más el que use también un anillo conyugal, porque ese detalle le dará las apariencias de hombre ordenado, que aborrece la frivolidad y las aventuras donjuanescas. Hay un punto que el financiero debe estudiar cuidadosamente, porque puede influir en su destino de modo decisivo: el de la barba. ¿Debe el hombre de negocios, el hombre de Banca y de combinaciones capitalista, dejarse la barba, o es conveniente que use bigote? He ahí un extremo que no debe resolverse a la ligera, sino delante de un espejo y tras de madura reflexión. Un hombre moreno, de rostro anguloso, y un hombre de cara un tanto achaflanada, estarían mejor rasurados que con barba.

Al verlos, pensamos en Londres y en Nueva York, y hasta nos parece oír el rumor de la agitación bursátil de aquellas ciudades. La barba no cuadra bien más que en los hombres rubios que quieren dar una impresión de seriedad y de optimismo al prójimo. Claro es que no hay para eso normas precisas e inviolables. El Sr. Ruiz Senén, pongo por caso, es rubio y, sin embargo, no está mal sin barba, pues sus ojos azules y su rostro afeitado le dan el aspecto de perenne juventud, que debemos atribuir al hombre que ha pasado de un salto, desde una modesta notaría, a la confianza de los jesuitas, de quien es apoderado general, y de ese puesto al comfortable seno de doce o quince Sociedades que le tienen en sus Consejos de Administración. El desprecio de la barba no estorba, pues el Sr. Ruiz Senén, para ser el árbitro de toda combinación financiera que dependa de la Casa Urquijo, y como todos los negocios españoles están a merced de esa Casa, debe sobreentenderse que el Sr. Ruiz Senén ejerce en nuestro país una interesante dictadura, con menos preocupaciones y sin la responsabilidad que contraen los despotas políticos ante la historia. Al paso que van las cosas, no está lejano el día en el que la Banca Urquijo haga una emisión de obligaciones para acaparar el oxígeno de la atmósfera nacional, no dejándonos a los humildes ciudadanos más que el preciso para subsistir, sin peligro de asfixia inmediata.

Pero volvamos al financiero, porque nos importa fijar del todo su perfil y sus maneras, su estilo y sus métodos. El financiero es, ante todo, amante de la familia. Ese enorme y frío egoísmo social, esto es, el que emplea en el mundo de los negocios, está compensado por ciertas virtudes privadas que benefician exclusivamente a los suyos, a su mujer y sus hijos. Para los demás, el financiero no tiene más que cortesía y alguna que otra sonrisa. Ese amor a la familia es, además de un placer íntimo, un arma de combate que integra la panoplia del financiero. ¿Cómo podríamos regatearle nuestra confianza al hombre que tanto se preocupa de su hogar? Es indudable que el financiero se permite sus libertinajes, pero clandestinos. Como el sigilo es una de las condiciones de su oficio, el financiero la aplica a sus desahogos personales, y cuando quiere divertirse simula un viaje de negocios y sale para París provisto de cuatro maletas llenas de Memorias, planos al ferropusiano y combinaciones bancarias. A veces se lleva también unos paquetes de títulos de alguna Empresa industrial, porque a lo mejor se presenta ocasión de colocarlos entre dos banquetes o dos juergas nocturnas, con champán y mujerío elegante. Lo prodigioso no es, sin embargo, la habilidad del financiero, sino su inalterable equilibrio en sociedad. En las épocas de mayor miseria, cuando la vida es

menos segura, y en momentos en que nadie o casi nadie se atreve a mirar el mañana con tranquilidad; en los períodos más agitados, cuando las guerras devastan los pueblos y dejan huérfanos los hogares, lo único que se salva y permanece en pie, desafiando con una sonrisa a todas las contingencias del tiempo y del espacio, es el financiero. ¿Que la guerra consume el Erario nacional y enluta a las familias? Eso no le importa al financiero, que sigue haciendo afortunadas combinaciones, siempre con el dinero del público: unas veces, con ferrocarriles o tranvías; otras, con minas de hierro o de carbón, y en algún caso, con alguna concesión de servicios otorgada por el Estado. En un país cualquiera todo está expuesto a la crítica y todo puede ser discutido: la ortodoxia constitucional del régimen, la gestión del Gobierno, el contenido moral de las religiones, los sistemas filosóficos, las obras de los hombres, todo, menos los movimientos y las astucias del financiero, que presencia imperturbable todas las catástrofes cósmicas y militares, limitándose a verlas a través de las cotizaciones bursátiles. ¿Qué significa el terremoto de Tokio para el financiero? ¿Dolores? ¿Ruinas? No; una baja del yen y del papel del Estado japonés. ¿Qué valor tiene la guerra internacional, en que intervinieron los más grandes pueblos del mundo? Ninguno, si no se presta a combinaciones de acaparamiento y exportación, a cálculos industriales y a movimientos del mercado...

... Esta mañana me crucé, en la plaza, con el financiero que habita el «chalet» próximo a mi casa. Es un hombre de fisonomía simpática. Sus grandes ojos claros parecían absorber toda la luz matinal, y de toda su persona se desprendía ese optimismo que dejan en pos de sí, como una estela espiritual, los seres afortunados y contentos. Sin embargo, yo, que no soy ni lo uno ni lo otro, no he podido reprimir esta reflexión: «¿Sobre qué ignoradas infamias reposará el bienestar de este hombre? Para que esas criaturas que van con él sonríen, ¿qué cantidad de lágrimas ha debido fluir de otros ojos infantiles, tan inocentes como los de esos niños?» Luego el espectáculo del mar, siempre nuevo en su aparente monotonía, ha dispersado mis negras ideas. Es dulce vivir, aunque sea con estrecheces y angustias, y el mar enardece nuestro instinto vital, comunicándole anhelos infinitos como el espacio oceánico. Lo doloroso es pensar y comparar y, sobre todo, comprender, porque contra lo que se viene repitiendo, la comprensión de lo que vemos en torno nuestro nos hace dudar de todas las grandes y consoladoras ilusiones humanas, que nuestro corazón ha resumido en dos palabras, por desgracia vacías de sentido: justicia y piedad...

Manuel BUENO

Guethary, septiembre 1924

## XXI

BUENO—me dije—, y ¿cómo voy a rematar estos ensayitos—pequeños ensayos sería otra cosa—alrededor del estilo? Porque es fácil meterse en una empresa sin haber antes pensado en ella lo suficiente; pero el salir no es tan fácil. Además, disertando sobre el estilo, o, mejor, haciendo estilo sobre el estilo, es como he comenzado a ver claro en el asunto. Y a darme cuenta de que no se sabe bien que no sabe bien algo hasta que no se intenta hacérselo saber a los demás. Expresar algo es pensarlo, y hasta que no se logra expresarlo, no se logra pensarlo. O sea que hacer estilo es pensar. Y lo demás es tomar las ideas—o sea las cosas—en pie y no en pensamiento.

«¿Cómo—seguí diciéndome—voy a despedirme de mis lectores y colaboradores, por lo tanto, sobre esto del estilo? O ¿cómo voy a despedirme de la consideración del estilo y ante mis lectores? ¿Cómo va a acabar esto? ¿Con un epílogo? ¿Con un «se continuará»? Porque esto no es una novela...»

Una novela suele ser algo así como un cuadro; algo recortado y enmarcado. Y hay novelistas que se preocupan más del marco que de lo pintado en la tela. A lo que le llaman saber componer. Y en sabiendo componer, enmarcar, les importa poco carecer de estilo, o sea de vida. Sus cuadros resultan de naturaleza muerta. Les falta vida.

Pero entendámonos, porque en esto de la vida reina y gobierna la mayor confusión. Hay quien porque toma de modelo, de argumento, un sujeto histórico, vivo, a quien sus contemporáneos vieron moverse y hablar y respirar y reír y acaso llorar, cree que hace una obra viva. Pero yo os digo que muchas de esas obras—de clave—son obras muertas, y que se puede hacer una obra henchida de vida, palpitante de ella, tomando por protagonista a un muñeco. Ni la vida es el tumulto callejero. Y, por otra parte, una buena biografía de Spinoza nos daría más vida, mucha más vida que la del caballero Casanova. La película del Lazariño de Tormes no contiene más vida que una estatua de San Bruno. Ni más movimiento.

La historia, que es vida, no se enmarca. Se puede cortar la historia por donde se quiera al narrarla; pero esos cortes son arbitrarios, aunque cómodos. Ningún relato de historia tiene principio ni fin. Para nuestra comodidad, cuando relatamos la biografía de un hombre histórico, empezamos con su nacimiento y concluimos con su muerte; pero esto, para la historicidad del biografiado, es artificial. Porque un hombre histórico, un hombre que llega a ser momento, esto es, movimiento, de la historia, empieza antes de haber nacido—le ha hecho la historia que decimos que le precede—y concluye con la muerte corporal. Antes bien, es más él y obra como tal después que su cuerpo ha vuelto a tierra. Y en cambio, los más de los suje-



tos novelescos se mueren del todo cuando el autor los mata, y no tienen vida ulterior.

Y estas errabundas pesquisas, enquisas y requisas sobre el estilo, ¿son novelescas o son históricas? Y he aquí que por un encadenamiento de ideas, cuyos eslabones quiero saltar aquí, se me viene a las mientes eso de la estética. Eso de la estética es querer reducir a ciencia el arte.

Tengo yo un amigo que sostiene que desde que empezó a escribirse de estética se acentuó la artificialidad del arte, y agrega que un pintor que se pone a estudiar óptica y teoría de los colores, o un músico que se pone a estudiar acústica, están perdidos para la pintura o para la música. A lo que yo le replico que la estética no es óptica ni es acústica. Ni es, por supuesto, tampoco artística.

Aquí interrumpí hace unos días este cacho de cháchara, dejando un cabo suelto, y hoy, 4 de septiembre, trato de reanudarla. Y empiezo a darme cuenta de que bajo este rótulo común de «Alrededor del estilo» voy a ensartar las cuentas más dispares y sobre todo lo divino y lo humano.

Pero ¿es que lo divino es diferente de lo humano? ¿Es que lo divino es otra cosa que lo humano, visto por dentro o por fuera y recíprocamente lo humano? ¿Por dentro o por fuera? Ya hemos dicho que esa diferencia de dentro y fuera es artificiosa y que el fondo nace de la forma.

El otro día, contemplando aquí, en París, al público humano que contemplaba al chimpancé enjaulado del Jardín de Plantas, pensaba en cierta doctrina geométrica. Y es que un círculo máximo divide a una esfera en dos hemisferios; pero si hacéis círculos menores en ella, en la esfera, encerrarán dos áreas. El círculo ártico separa dos áreas circulares, la que dentro de él queda y la que queda fuera. Y lo mismo que con un círculo con un cuadrado. O con un triángulo. Pues si en una esfera trazáis un triángulo esférico, trazáis dos áreas triangulares. Y aun en un plano infinito, un triángulo equilátero es dos: uno hacia dentro, de tres ángulos agudos de 60 grados cada uno, y otro hacia fuera, de tres ángulos obtusos, de sendos 300 grados. Aunque... ¿dentro? ¿fuera? En geometría no hay dentro ni fuera, ni arriba y abajo, ni derecha e izquierda, ni delante y detrás. Esto es fisiología. Y el chimpancé enjaulado, si en vez de chimpancé fuese geometría metafísica y resignado, podría pensar que los barrotes que le encierran forman dos jaulas, aquella en que él está y la otra en que están los que viven fuera de su jaula. Y ¿quiénes más enjaulados?

Y ¿es que hay algo, divino o humano, que caiga fuera de la consideración del estilo? Nada; porque es una manera de ver. Y así, tratando de estilo, se puede tratar de todo: de física, de metafísica, de hipofísica, de geometría, de astronomía, de teología, de ateología, de política..., de historia, en fin. Porque tratar de historia es tratar de todo.

¿No estaría, pues, bien que mantuviésemos este título común a estos ensayitos para poder hablar de todo con un tono igual? Porque lo fundamental—que es lo formal—es hablar de ello en un cierto tono, con un cierto acento.

Y ¿qué es tono? ¿Qué es acento? Lo que nos lleva, en la corriente de nuestra contemplación, a pesquisar en qué se puede diferenciar el tono—hay también el tonillo—del estilo y en qué el acento. Acen-

to, que como la palabra lo dice, es cosa de canto.

Pero he aquí que mientras me preocupaba de esto, la experiencia de mi actualidad me ha llevado a comprender hasta qué punto es traductible el estilo, y es de esta experiencia de lo que ahora os quiero hablar.

Voy, pues, a contároslo a los que estáis desterrados ahí, en España, fuera de mi jaula y en la vuestra.

Miguel DE UNAMUNO

## TENTATIVAS LITERARIAS

# LOS DADAISTAS DESPUES DE DADA

HACIA los últimos meses de 1918, cuando el armisticio preludaba una paz que ya no se esperaba, unos cuantos jóvenes de cultura más que mediana tuvieron la inteligencia y el valor de romper con la civilización. Saludaron ese monstruo pueril y detestable Dada, que Tristán Tzara y otros habían sacado de Alemania y de Suiza, e hicieron de él la irónica y estéril divinidad de la época. Se llamaban André Breton, Paul Eluard, Louis Aragon, Philippe Soupault, Jacques Rigaut, Benjamín Péret, Ribemont-Dessaignes. En pie, lejos de los altares, se negaron a creer en el advenimiento de las diosas veladas. En la atmósfera ensangrentada de los desastres militares, recogían, para hacerlas surgir, las señales de la anteguerra.

Después de Apollinaire, el cubismo y los bailes rusos, la aparición de Gravat, de Francis Picabia, de Marcel Duchamp, ejercieron una influencia decisiva; pero, sobre todo, y los dadaístas lo confiesan, el tránsito del extraordinario Jacques Vacher, uno de los más acabados modelos que se han conocido de lirismo involuntario, uno de los sinos más fecundos en catástrofes.

El pesimismo de Dada era perfecto; pero su negación tomaba la forma exasperante de la sonrisa. Así, fué algo distinto de una nueva escuela literaria, más y mejor que un estado de espíritu, una anarquía desesperada, un desarreglo intelectual y sentimental, y la primera explosión de un movimiento revolucionario que, quiero creerlo, no ha dicho aún su última palabra. Heridos en su orgullo de hombres y de poetas, esos jóvenes ocultaban tras el sarcasmo el dolor de «la inaceptable condición humana» (Breton); se refugiaban en la poesía, que es la suprema nobleza del mundo y el más magnífico objeto de escándalo. Soupault lo ha declarado: «Gustaron infinitamente del escándalo.» «Del escándalo por el escándalo», agregan Aragon y Breton. Fueron bien servidos. No se les tomó en serio; pero se emprendió contra ellos, con un apresuramiento que disimulaban mal el terror inspirado, la defensa del arte y de la belleza convencionales. Se les creía unos locos y eran precisamente lo contrario, unos lógicos imperturbables y rigurosos que habían aprendido en Kant, Leib-

nitz y Raimundo Lulio sus razonamientos. Sólo Rosny Ainé, novelista sospechoso de intelectualismo, se asustó de una razón demasiado fría para no ser temible, para no constituir un verdadero peligro público.

Sus primeras obras, y, sobre todo, *Les champs magnetiques*, de André Breton y Ph. Soupault, obra capital, fijaron sobre ellos una atención menos malévola. El público creía comprender, y entonces los dadaístas fueron los escandalizados.

Su poesía aparece directamente inspirada en Arthur Rimbaud, ese inmenso poeta, autor y víctima a la vez de su destino, cuyas *Illuminations*, breves claridades hacia el infinito, proyectan, más allá de su objeto material, luminosidades intensas, luminosidades de otro mundo más denso y más puro que el nuestro. *Les champs magnetiques*, obra *superrealista*, de poesía esencial, producen la misma impresión: la de haberse abandonado a una inspiración casi religiosa, la de haber hecho volar todos los puentes entre el espíritu del poeta y la «boca de sombra» (Victor Hugo), dispensadora de poesía. Esta actitud, rica en seducciones altivas, les conducía fatalmente a una oscuridad irritante para los que persistían en desconocer sus razones.

Con un extraordinario buen sentido, André Breton recogía la frase célebre de Paul Valéry: «La inteligencia humana no puede ser inteligible para sí misma», y añadía a continuación: «Ni para las otras.» Y, en efecto; queramos o no, siempre comprendemos algo y concedemos a la palabras misteriosas del adivino una significación imponderable y lejana. El enigma de la Sibila vuelve, y al hombre le toca descifrar, si se atreve, los secretos de la poesía. El texto solicita su colaboración y su fe. Su honor consistirá en llegar lo más lejos posible en la comprensión y en el entusiasmo.

Pero además utilizaban esta misma poesía con una ira desdeñosa, expulsando de los *Campos magnéticos*, zona de poesía y de incognoscible al lector mediocre y las más de las veces estúpido. Por otra parte, Dada perdía todo su prestigio permaneciendo inmutable. Tuvo que recurrir al suicidio.

Los dadaístas no murieron, y se vieron obligados a aceptar las transacciones inevitables que les

habían de permitir vivir y ocupar su sitio en el tiempo. Adoptaron actitudes diversas; pero el precioso veneno ha quedado en el fondo de ellos. Hoy, como dice Soupault, que ha conservado la nostalgia de los antiguos tiempos, «tienen una ocupación: publican novelas» e incluso poemas. Este año han aparecido varias obras alabadas por la crítica más moderada y firmadas por ellos.

*Le bon apôtre* y *A la dérive*, dos novelas de Soupault, cuyo tema es la gran inquietud, que fué un poco la suya y la de sus amigos: la imposibilidad de permanecer quieto en parte alguna por impotencia y, sobre todo, por desdén; la repugnancia por la acción y la vergüenza de amar. Con una ironía nunca áspera, sino que encubre, por el contrario, una real emoción, Soupault ha referido sus historias con una adorable simplicidad. *Le bon apôtre* encierra poemas de una minuciosidad encantadora. *A la dérive*, además de páginas de profundo análisis, contiene otras tan interesantes como las de las novelas de aventuras, escritas con sagacidad y con un sentido evidente del colorido.

En esa «Confesión desdeñosa», ya célebre, que abre su libro *Les pas perdus*, André Breton analiza con siniestra clarividencia ese estado de espíritu que, de inquietudes en inquietudes, conduce a un idealismo absoluto. Los ensayos que componen el resto del volumen iluminan originalmente a Alfred Jarry, a Guillaume Apollinaire, todo el arte y la poesía modernos. En *Les pas perdus* es donde hay que buscar la definición del *superrealismo* realizado involuntariamente por el conde de Lautréamont (ciertos pasajes de *Maldoror*), Rimbaud (*Les Illuminations*), Apollinaire (*L'enchanteur pourrissant*) y actualmente, en fin, por Breton, Eluard, Aragon y sus amigos, agrupados alrededor de la más extraña revista: *Littérature*. El *superrealismo* es la reproducción voluntaria, por abstracción del mundo exterior, de un estado que corresponde bastante al de ensueño. En cierto modo es la obediencia absoluta «a la voz de nuestra inconsciencia» y a ese «dictado mágico» que nos impone. En un reciente volumen de poemas, *Clair de terre*, que lleva un hermoso retrato del autor por el gran pintor Pablo Picasso, Breton nos muestra qué incomparable fuente de emoción poética puede ser el *superrealismo*. Numerosos poemas, y en particular sus relatos de ensueños, enigmáticos y escrupulosos, ofrecen la precisión de los sueños y no sé qué de intenso y de penetrante que nos lanza a un estado admirable de exaltación.

Louis Aragon aparece menos grave que Breton, más ligero que Soupault. Posee un agradable talento de polemista, del que se ha servido para rehabilitar a Henri Bataille, el más poeta de los autores dramáticos. *Le libertinage*, que acaba de publicar, es una serie de cuentos, en que «lo maravilloso moderno» aparece adornado de una frescura y de una poesía desconocidas. ¿Cómo no gustar la flúida ingenuidad de sus cancio-



nes pueriles, que parecen cunar las páginas? Las imágenes pasan inspiradas en el vértigo del cinematógrafo y en el prestigio de la leyenda. Perverso, matizado y fuerte a la vez, como viejos cuentos de hadas, relucientes de quimeras y de encantos, en donde el Bien y el Mal revisten sucesivamente los mismos aspectos, la fealdad violenta de la bruja, la rubia pureza de la maga.

Paul Elaurd ha sabido escapar al optimismo de Aragon; es el prisionero del amor más puro y más apasionado, de un amor ardiente como una religión, místico y sensual, dulce y devorador, humilde y magnífico. Del amor espera su salvación; del amor, origen de todos los tormentos y de todos los goces. *Morir de no morir* es el título de su último libro, en el que elevándose de un amor profano a un amor que diviniza la intensidad, lanza el grito de Santa Teresa. Es el poeta más puro y más espontáneo que tenemos en Francia. Desde Baudelaire no habíamos conocido versos más armoniosos, más conmovedores, más fervientes: *Suâs-je autre chose que la force; la force dans tes bras?*

Sucesivamente entusiastas y desesperados, estos supervivientes del dadaísmo, y los que en torno suyo nos conservan un poco de esperanza y atraen toda nuestra atención, son hoy los únicos que malcontentos bucean algo y no ven en la poesía tan sólo un modo de penetrar en la gloria, que desprecian. Pero helos ya entrando en esa notoriedad que abre todos los caminos a las capitulaciones. Impenetrables y resenos, ¿continuarán a la busca de la ruta del infinito? Yo deseo creerlo.

Pierre PICON

## Los españoles de California

El *Internacional*, periódico de San Francisco de California, del que ya nos hemos ocupado en estas columnas con motivo de sus patrióticas campañas en defensa del idioma español, dirige un llamamiento a las colonias española, hispanoamericana y filipina, en el que dice que ardientemente interesado en cumplir su programa, y fijo en todos los problemas políticos, económicos, sociales y culturales que afectan a la vida de los pueblos de raza hispana, desea unir a los hermanos de raza e idioma, residentes en San Francisco, para que le proporcionen cuantos datos de interés público posean de los países de habla castellana.

En San Francisco de California, gracias a esta y otras iniciativas, se está despertando intensamente el amor a las cosas de España, contrarrestando las propagandas norteamericanas que tienden a limitar cada vez más la importancia de nuestro idioma en aquellas tierras.

Bueno es que se sepa, por lo menos.

Mientras nosotros abandonamos tan sagrados intereses, no falta quien recoja el deber de velar por lo que en otro país sería preocupación constante e inaplazable de los Gobiernos.

## El Teatro en España durante el siglo XVIII y principios del XIX

La separación de sexos que en los teatros existía dió lugar a diversos fenómenos en extremo interesantes.

Fué lo normal, frecuente y consagrado por bandos y decretos que llevaban su celo a tan sutiles terrenos, que el tiroteo y corrientes sentimentales y amorosas estuvieran únicamente a cargo de los ojos. Pero a veces las lenguas y las manos, incitadas por las prohibiciones y entrenadas por fogosas correspondencias, se iban tras de los ojos, y entonces no eran sólo miradas, sino también lisonjas y donaires, o avellanas, castañas y confites lo que entre uno y otro sexo se cruzaba.

No era extraño que las palabras sueltas se unieran y que los diálogos se trabaran, más o menos sostenidos y animados entre unos y otros; ni que los proyectiles, siguiendo equivocadas trayectorias, hicieran blancos en personas ajenas a estos lances; ni que todos estos incidentes dieran buena cosecha de imprecaciones y disgustos, y añadieran nuevos motivos de desorden a tan movidos espectáculos.

Aunque estas pintorescas escenas se representaban principalmente por los ocupantes de las dos partes en que se dividía la tertulia, por lo general tan incomedidos como airoso en la expresión de sus sentimientos, no estaba exenta la cazuela y localidades distinguidas de tales trasgresiones, pues tanto los de arriba como los de abajo eran uno y lo mismo: eran hembras y galanes.

Daban también sus frutos en estas aéreas expansiones los bravos entusiasmos y preferencias que el público tenía por determinados comediantes. Se les obsequiaba pródigamente, más a las actrices que a los actores, con dulces, dinero, grajea, versos y otros presentes que les arrojaban sobre las tablas, o con exclamaciones de admiración, chistes y piropos.

Llevados los cómicos de sus caracteres abiertos y expresivos, pagaban con creces tales halagos, y contestaban con miradas, sonrisas, señales de inteligencia y frases sueltas a sus admiradores. Y lo más grave y lamentable era que, rotas las consideraciones y disciplinas, recitaban pasajes de las comedias, dirigiéndose directamente a los espectadores, o intercaban palabras y expresiones de su invención, separándose del texto. De este modo iban dedicando a sus amigos predilectos y a la masa del público parlamentos amorosos, heroicos, justiciero o frases de crítica y censura, como si a ellos directamente se refirieran.

En algunos casos produjo esta costumbre efectos benéficos y sorprendentes. Al estrenarse en el teatro del Príncipe, el 7 de febrero de 1792, la «Comedia nueva o el café», de D. Leandro Fernández de Moratín, condenada de antemano por los enemigos del au-

tor a un ruidoso fracaso, el director de la compañía, Manuel García Porra, encargado del papel de Don Eleuterio, dijo y subrayó las palabras de la obra: «¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos cosa mejor?», de modo tan intencionado y expresivo, y mirando a los mosqueteros como si para ellos lo dijera, que contribuyó mucho al naufragio de la conjura, y a que no pudieran pasar aquéllos, en su delincuencia, del grado de tentativa.

Gozaban de las mejores y más insinuantes miradas, mohínes, sonrisas y gestos de las actrices los abonados a luneta; hombres, por lo regular, elegantes, cortesanos, dominadores, que consideraban el teatro como su propia casa, y trataban por ende a las personas y cosas de la farándula con gran familiaridad y soltura. Tenían por alarde de distinción y de buen tono el ostentar públicamente su amistad y confianza con actores y actrices, e igualmente se les veía acompañar a las primeras en los fruidos paseos por el Prado y las riberas del Manzanares, como alternar y departir con los segundos en su pintoresca reunión al aire libre de la calle del León, en el sitio conocido con el nombre de *Mentidero de los representantes*. La actriz que de modo más principal e irresistible los atraía era la divina Mariquita Ladvenant, que, como se lee en la *Sátira a Ernesto*, de Jovellanos, «andaba en campo de luz paciéndose estrellas».

Durante las representaciones, eran los que en más alto grado sostenían con las comediantes las telegrafías ópticas y de señales, y apenas iniciados los intermedios, las visitaban en sus vestuarios. Se hallaban éstos situados, según una Real orden de abril de 1763, a suficiente distancia de los destinados a los actores, «a fin de que se vistieran y desnudaran con la decencia y honestidad correspondiente», sin ejecutarlo a la vista de aquéllos, como antes sucedía en el teatro de la Cruz.

Llegó a ser tan nutrida la corte de las actrices, tan animadas y bulliciosas las reuniones, y tal la confusión que la gran concurrencia en el escenario producía a los encargados de preparar el nuevo acto, que la misma Real orden prohibió la entrada de «los hombres en los vestuarios, sin pretexto alguno, sea de la clase que fueren, permitiendo solamente en ellos a los indispensables a la ejecución de la comedia».

Es acreedor a una mención especial y honífica el fraile franciscano P. Marcos Ocaña, tan ingenioso, locuaz y resuelto como gran aficionado a las cosas de teatro. Ocupaba, vestido de seglar, una luneta de primera fila, inmediata a las tablas, y desde ella sostenía doble correspondencia con el público y con los comediantes, teniendo para todos abundancia de chistes, confianzas y amabilidades. Aplaudía fervorosamen-

te a los cómicos en sus aciertos, provocaba sus risas, les echaba dulces y les imitaba en los pasajes de mayor fuerza dramática. Al público le divertía con sus extravagancias y le tranquilizaba sobre pavorosas catástrofes y desventuras que en escena, aparentemente, se fraguaban, garantizándoles un feliz resultado.

Llegaba el barullo al punto culminante, cuando, desbordados los entusiasmos y en alto las manos y las voces, se obligaba a los artistas a repetir una y varias veces escenas, cantos, bailes y tonadillas. Como estas peticiones no solían ser unánimes, sino que se contrarrestaban con acaloradas protestas, surgía la competencia tumultuosa y airada, en la que se malgastaban cosas tan importantes como el tiempo, la paciencia de los espectadores morigerados y tranquilos y la resistencia de la farándula.

Para tajar y corregir tan intolerables licencia, el conde de Aranda, que representaba el buen sentido en estos particulares, fué inspirando una serie de disposiciones que formaron los bandos de 31 de octubre de 1766 y 15 de abril de 1767. Se prohibía en ellos «hablar, desde el patio o las gradas, a las mujeres de la cazuela y el hacer señas a los aposentos u otro sitio; arrojar a los actores papel, dinero, dulces u otras cosas», o dirigirles la palabra, y a los cómicos, contestar o hacer señas, y repetir los bailes, tonadillas u otra especie de cantos y diversiones, «a fin de que así no se hicieran molestas y demasiado largas las funciones, ni gravaran a los espectadores ni a los actores, causándoles una detención o trabajo con que no contaban».

No debieron ser muy atendidas estas prohibiciones cuando, en bandos de 11 de diciembre de 1786 y 2 de noviembre de 1793, tuvieron que repetirse y agravarse en algunas la penalidad; y con arreglo a este recargo, el actor o actora que añadiese alguna cosa al texto literal de las composiciones que representaba o se permitiese algún gesto equivoco, o hiciese señales de inteligencia a los espectadores, «sería conducido inmediatamente del teatro a la cárcel, por el tiempo que estimase conveniente el alcalde».

Preocupada constantemente la Sala de que no sufriera menoscabos de cuenta la pública moralidad, recabó de los Monarcas distintas órdenes y decretos no menos granados y trascendentes, que los que han sido antes objeto de especial memoria. Y en noviembre de 1753 y abril de 1763 se ordenó que en el extremo anterior del tablado o escenario, en toda su extensión, se pusiese «un listón o tabla de una tercia para embarazar por este medio que se registrasen los pies de las cómicas al tiempo de representar»; que el banco de media luneta ocupado por los músicos de la orquesta estuviera «retirado del tablado más de una vara», y que no se permitiese a las cómicas bailes ni tonadas provocativas, ni representar «vestidas de hombre, sino de medio cuerpo arriba».

Jaime D'ANTANY





# El bandolero de Estrellas



RÉMULO el anciano de barbas nevadas, dueño en otro tiempo de toda armonía, comenzó su historia:

—Son cosas pasadas que tras de la clara y azul lejanía miraron mis pobre pupilas cansadas. Y es justo que ahora vuelen en el potro de tu fantasía, rumbo a los dominios del Sol y la Aurora... Para resguardarse del odio asesino y ahuyentar los lobos que cruzan los llanos, el buen peregrino llevaba una estrella cautiva en sus manos. Pero un bandolero, de torva mirada y rubia melena rizada y daga en el cinto, que entonces solía ser mago en el arte de la orfebrería, y hacer de serpientes doradas pulseras e incrustar diamantes en las calaveras, después regias copas en las bacanales de las cortesanas y los cardenales, amado por damas de áureas cabelleras, pálidos perfiles y grandes ojeras, una de las damas, la más caprichosa, dijo al bandolero:

—¿Amor?... Poca cosa para tal peligro de amaros... Prefiero, ya que sois artista y al par bandolero, una áurea sortija por vos modelada, y en ella un diamante, con tanto decoro, que semeje una estrella engarzada sobre la sortija de oro...

—Pues que sois tan bella, y al par caprichosa, tendréis, no el diamante, sino la sortija y la estrella— dijo el bandolero—; y fuese camino adelante, con los ojos fijos en el semillero celeste, que ardía pleno de luz, como su audaz fantasía...

Así el florentino iba entre la sombra buscando el camino, cuando, de repente, sintió como un golpe de luz en la frente... ¡Y el monje cristiano sintió que la estrella temblaba en su mano! Fué aquel un asalto de tigre en la sombra. A un golpe de daga rodó el misionero, y el cuerpo quedó entre una alfombra de polvo y de sangre... Presto el bandolero

recogió la estrella, la engarzó en el oro —oro y astro eran una sola llama—; llegó ante la dama, y altaneramente le entregó el tesoro, que besó tres veces...

—¿Dióle amor la dama?

—Lo entregó a los jueces para dar al crimen su magnificencia...

—¿Y pagó en la horca su crimen?

—No había

horcas en Florencia para bandoleros de tanta valía... Que en aquellos tiempos en que las hermosas damas ojerosas amaban las artes de los caballeros, hasta los justicias de almas pavorosa eran bandoleros de estrellas y rosas.

Así el florentino de torva mirada y rubia melena rizada y daga en el cinto, más tarde, humillado, delante del Papa bajó la cabeza...

—¡Perdón! He matado, y ha tiempo me pesa la cruz del pecado... —En nombre del Padre de toda belleza, conozco tu crimen; ya estás perdonado.

Y extendió al bandido su mano de flor, y tembló en sus dedos la piedra amatista. —¿Y besó sus manos?

—El Papa era artista,

y el arte es amor.

Amaba a los buenos y a los criminales como nobles hijos; encontraba el arte tanto en los puñales como en el acero de los crucifijos.

—Terminó la historia...

—¿La dama?

—Entre llanto

de remordimiento.

—¿Y el Papa?

—En la gloria

junto al Padre Eterno y envuelto en su manto.

—¿Y el gran bandolero?

—Más tarde fué santo.

—¿Y pasó en Florencia, según vuestra ciencia?

—Vano es otro punto que tu mente elija, porque un bandolero, no siendo en Florencia, no roba una estrella para una sortija.

Alfonso CAMIN



# LAS INQUIETUDES DE MADAME AVESTRUZ

CUENTO PARA NIÑOS, por FIORELLA

No vayáis a creer que esta avestruz de mi cuento es alguna vieja institutriz a quien sus alumnos hubieran bautizado con nombre tan irreverente como significativo. Nada de eso: se trata de una auténtica, zanquilarga y voraz avestruz.

Campeón de velocidad en sus jóvenes tiempos, habiendo ganado por dos veces las carreras pedestres en el gran circuito transahariano, era en la actualidad pacífica y dichosa madre de familia, que veía reproducirse, con orgullo, sus buenas cualidades en las ocho avestruces y cinco avestrucecillos que componían su descendencia.

El día en que ganó su primera carrera de velocidad, el árbitro le entregó solemnemente el premio de honor—una ramá con ocho dátils—, y en vez de comérsela como era la costumbre, se la colocó, no sabemos por qué medio, a modo de penacho, en la cabeza, y entonces un viejo camello que había visto mucho mundo, exclamó: —Miren la presumida: parece una madamel...

Y desde entonces todos sus vecinos la llamaron «madame avestruz».

Al volver cierto día nuestra avestruz de su paseo matinal, se dejó caer con abatimiento a la puerta de su casa. Inmediatamente sus hijos la rodearon, inquietos.

—¿Qué tienes, mamá? ¿Se ha empeorado tu dispepsia? ¿Tienes neuralgias? ¿Acaso el reuma ha hinchado tus patas?...

A todas las preguntas, madame avestruz contestaba, moviendo tristemente la cabeza:

—No, hijos míos, no es eso—dijo, por fin—. Acercad vuestras cabezas a mi pecho y escuchad. ¿No oís un ruido persistente y extraño?

—¡Sorpreniente! ¡Incomprensible! ¡Inaudito!—iban exclamando los tiernos retoños, a medida que aproximaban sus cabezas al seno maternal.

—Pero ¿qué es esto, mamá? ¿Desde cuándo tienes ese ruido?—preguntó, por último, la hija mayor.

—Desde esta mañana!—contestó con trágico acento la ex campeona.

—¿Y cómo empezó?

—Pues veréis: iba yo paseando por el Desierto sin encontrar nada comestible que me apeteciera, cuando vi, cabrilleando entre la arena, una especie de píldora no muy grande. Después de mirarla un buen rato, sin comprender lo que aquello podría ser, me acordé de que mi viejo amigo el camello me contó una vez que los hombres suelen tragar píldoras para curar sus males, y, pensando que

aquella pudiera haberla perdido un explorador, me la tragué. ¡Nunca lo hubiera hecho, hijos míos! Desde aquel momento siento una pesadez extraña en el bu-



che y ese ruidillo molesto que me tiene asustada.

Algo asustados estaban también los pequeños avestrucecillos oyendo aquel relato, pues cual más, cual menos, todos habían tragado algún manjar, de cuya procedencia y composición no estaban muy seguros; pero su terror llegó a los límites del paroxismo cuando, de repente, aquel ruidillo sordo y monótono que resonaba en el buche de la madre se convirtió en un estrepitoso, formidable, ensordecedor campanilleo.

La pobre madame avestruz se

puso en pie de un salto y quedó toda temblorosa, esperando quizás el momento en que el misterioso artefacto iba a estallar dentro de su cuerpo, convirtiéndolo en pavesas.

Al cabo de algunos segundos cesó aquel ruido extraordinario, y poco a poco la calma volvió a los espíritus.

—¿Ha cesado completamente el ruido, mamá?—preguntó una de las hijas.

—No; ¡el ruido pequeño dura todavía!—contestó con voz entrecortada la enferma—. ¡Pero qué será esto, Dios mío! ¡Yo debo de estar embrujada! Mira, hija mía: vete en seguida a buscar al médico, porque si vuelve a sonar ese ruido tan terrible, yo me muero de susto.

El doctor Burrikoff era uno de esos asnillos grises tan empleados por los árabes, cuya larga vida, dedicada al estudio y práctica de la medicina, le confería una autoridad indiscutible y una fama que se extendía hasta los últimos confines del Desierto.

Después de examinar a la enferma con el mayor cuidado, mientras escuchaba el relato que de sus cuitas le hizo la pobre «madame avestruz», el doctor movió la cabeza, diciendo:

—Me atrevo a asegurar, señora mía, que la píldora de que se trata no tiene nada que ver con ese ruido que tanto la preocupa. Ese ruido es, sencillamente, la consecuencia de una litiasis visceral multiforme, que es preciso operar. ¡Oh! No tema; es cosa sencilla y sin peligro; pero será necesario que la lleven a mi sanatorio. De todos modos, para su tranquilidad, propongo celebrar una consulta con mi colega el doctor Leónidas.

Apenas se marchó el médico, la

acongojada «madame avestruz» abrazó, llorando, a sus pequeños.

—¡Hijos de mi alma, ya nos os veré más! ¡Quién había de pensar que yo terminaría mis días de modo tan miserable, descuartizada en la mesa de un sanatorio! Dicen que es muy sabio; pero yo no me fío... ¡Me mata, ya veréis como me mata!...

Cuando llegaron al «Oasis Sanatorium», todavía duraban las quejas, recomendaciones e inquietudes de «madame avestruz», y en vano trataban sus hijos de calmarla; pero una vez dentro, el frescor, la quietud, el silencio conventual del lugar, obraron sobre sus nervios y empezó a tranquilizarse. Las confidencias de las otras enfermas, los elogios diti-rámicos que del doctor Burrikoff hacían, las curas fantásticas que contaban, acabaron de calmarla, y cuando llegó el doctor Leónidas, llamado en consulta, la encontró serena y casi risueña.

—¿Qué opina usted de la enferma, querido colega?

El sabio Leónidas sacudió sus lacias melenas, haciendo un gesto ambiguo:

—Difícil, en verdad, es el diagnóstico, mi estimado Burrikoff. A primera vista, los síntomas parecen indicar que se trata de una litiasis...

—Tal es mi opinión.

—Y, sin embargo, no hay nada de eso: ese ruidillo constante, esas explosiones ruidosas e intermitentes me hacen creer más bien en una inflamación hidrópica...

Durante más de una hora discutieron ante «madame avestruz», que, aterrada, se preguntaba cuántas eran, en suma, las enfermedades que tenía; sólo en un punto estaban de acuerdo los sabios doctores: era preciso operar cuanto antes.

¡Qué angustias las de «madame avestruz»! Terribles escalofríos recorrían su espalda al ver que el doctor Leónidas afilaba sus uñas en un pedazo de sílex, mientras el doctor Burrikoff arrancaba de una hoja de palmera las fibras necesarias para coser la herida. Después, como no disponían de cloroformo, le ataron el pico para que no les molestara con sus gritos, y empezaron a operar.

Tranquilamente el doctor Leónidas rasgó el buche de «madame avestruz» y empezó a revolver allí dentro como en un saco; a los pocos segundos extrajo entre sus garras y mostró a sus compañeros, tan asombrados como él mismo, un magnífico, un soberbio, un estupendo despertador de bolsillo, con cuerda para ocho días...

FIORELLA



# COMO UNA SOMBRA

NOVELA CORTA, por Germán GÓMEZ DE LA MATA

Hago todos los esfuerzos posibles para ser *seco*. Quiero imponer silencio a mi corazón, que cree tener mucho que decir. Siempre tiemblo de no haber escrito más que un suspiro, cuando creo haber anotado una verdad.—  
STENDHAL.

Esta humilde vida nos enseña más de una cosa.—  
MAETERLINCK.

23 de abril.—He llenado la última cuartilla de *El cinturón de Afrodita*, esas consideraciones que me han absorbido tres años de trabajo asiduo. Ignoro la polvareda que alzarán o si las silenciará la hipocresía reinante; pero me hallo satisfecho, porque entiendo que integran un libro sano, compuesto sin prejuicio alguno y con elevadas miras filosóficas. Supongo que se me tildará de inmoral y de disolvente, que acaso se creará en torno mío la fábula de una vida depravada, ¿qué sé yo?... No me importa si los fariseos se ensañan con mi obra, pues me consta que es pura; ni si los murmuradores se ensañan con mi vida, pues me consta que es honesta.

En *El cinturón de Afrodita* procuro y creo patentizar la inanidad del amor mal llamado platónico, tan socorrido por la literatura. El alma no desfallece de inefables voluptuosidades eróticas mientras no sea al recuerdo o a la perspectiva de otras voluptuosidades más tangibles; mejor dicho, el alma no logra emocionarse eróticamente. Yo afirmo, *verbi gratia*, que Abelardo, en su epistolario, no ama ya a Eloísa, que Don Quijote no ha amado nunca a Dulcinea, a la cual apenas si conoce y no intenta ver, y que la *madame Arnoux* de *L'éducation sentimentale* no amaba a Federico Moreau cuando pudo y no quiso acceder a sus anhelos. La piedad, el sentimentalismo o el deber se arrastran por debajo del instinto, y claro está que niego la abnegación amorosa en lo que se la estima de amorosa, aunque no como tal abnegación en otros órdenes. Todo esto lo razono y lo refuerzo con argumentos tomados de autores renombrados, remachándolos o rebatiéndolos sobre la base de hipótesis personales.

Soy un hombre de ciencia, y por respeto a la verdad contribuyo a que se derrumbe el viejo tinglado romántico, a pesar de sus indiscutibles atractivos: «*Amicus Plato...*» Mi existencia demuestra que no defiende debilidades propias, puesto que a nadie cabe ningún derecho para dudar con justicia de la austeridad de mi conducta. En la década transcurrida desde que enviudé, he dedicado al estudio una porción copiosa de mis horas, y mi casa no se dife-

rencia de un refugio monacal; tengo cincuenta y dos años, practico la templanza, siembro alrededor mío el bien... Arrójeme el más libre de culpa la primera piedra.

Conforme garrapeo este dietario, penetran por la ventana los rumores y emanaciones del jardín exiguo que anima el hotelito de extrarradio donde me confino como un caracol dentro de su concha, y al que no llega la barahúnda de Madrid, antipático y bullicioso: suenan píos de pájaros en celo, y hasta mi habitación suben los enervantes aromas de las flo-

trovadores de la muerte, a los que todo lo corrompen con la falacia de su histerismo contraído a la luz de la luna.

27 de abril.—A medida que voy releendo los párrafos de *El cinturón de Afrodita* para corregirlos y adecentarlos, me imagino que entablo conocimiento con un libro ajeno, un libro escrito por alguien que se me asemeja y que aclarará fenómenos observados por mí y oscuros para muchos. Sin embargo, no estoy de acuerdo por completo con la prosa poco sere-

ción ante el espectáculo del mundo; exaltación que, bien mirada lleva en sí un alegato de mi tesis y una prueba de honradez; pero no me la perdonarían probables detractores, y por eso podo sin blandura cualquier parasitismo retórico, dejando los asertos escuetos, más potentes cuanto más inermes.

Aun despojado de galas sugestivas, opino que *El cinturón de Afrodita* conmoverá a quien siga de buena fe sus páginas, a lo largo de las cuales tiembla un estremecimiento devoto de la vitalidad y un afán casi religioso por confundirse en el universal concierto. Una vez más los extremos se tocan: el materialismo por que abogo linda con el panteísmo de Spinoza y con el misticismo del *poverello* de Asís, inclusive. No obstante, esta unción franciscana infunde a mi obra un sabor de simplicidad y de cordialidad que no la perjudica ni está en pugna con ella tampoco. «Literatura, no; entusiasmo, sí», podría haber estampado de lema a su frente.

«*El cinturón de Afrodita!*... Hasta este título—censurable para algunos por su matiz místico, aunque lícito, a mi entender—se me antoja de una euritmia helénica muy en consonancia con el texto, como friso que exornara un templo erigido en loor de la cordura. Temo contradecirme o resultar nebuloso al exponer sobre el papel pensamientos indisciplinados, que ni yo mismo aprobaría mañana, y me interrumpo aquí.

29 de abril.—Mi prima Teodora no ha conseguido levantarse hoy; se quejaba de dolores en el costado derecho, tenía fatiga y fiebre, tosiendo con dificultad. Aprensivo de una pulmonía verosímil, he hecho avisar al doctor, quien, por desgracia, ha confirmado mis pronósticos. Los sesenta años de la enferma implican una grave contingencia, y estoy preocupadísimo, según es de suponer.

Habiéndome forzado a una cabal sinceridad en este cuaderno íntimo, no ocultaré que, para la pena que me ocasiona la indisposición de mi prima, influye el desbarajuste de la casa en cuanto no la dirige ella. Me agrada el orden, y ella acierta a mantenerlo como muy pocas mujeres. La comida me ha parecido insípida por no haberla condimentado Teodora; Mariana, la doncella, y Francisco, el jardinero y recadero, que totalizan nuestra servidumbre, no han cesado de aturdirme con cuestiones que mi parienta resuelve a diario sin consultarme. Teodora es un ama de gobierno ideal; lo compruebo el primer día en que falta su iniciativa, porque todo está desorganizado aquí unas horas



res; una rama de acacia surca el rectángulo de claridad abierto sobre un cielo azul pálido, decorándolo con rara elegancia de estampa japonesa; se percibe el magnífico esplendor de la plétora vernal, rubricada por los vuelos multicolores de las mariposas; hay una sensación de plenitud, y adivino el hormigueo de millones de energías que nacen o renacen... ¿Para qué disfrazar el amor con atavíos artificiosos? ¿No es más solemne así, desnudo cual la Naturaleza, inocente en su impudor de niño, sin las complicaciones espirituales que lo manchan de lacras metafísicas, sin la conciencia delictuosa del pecado?... De esto pretendo convencer en mi vida a los

na del primitivo borrador, y teniendo a cubrirla de esa impasibilidad que cuadra al estilo de una persona exenta de ridículas pretensiones literarias y sabiendo redactar correctamente. Por inadvertencia, al correr de la pluma, me había manifestado un tanto lírico, y esto, sin duda, restaría seriedad al conjunto, ya que, partiendo de la forma al fondo, quizá algún ingenio malévolo arguyera que caigo en el defecto que critico; prefiero, sin desbordarme de mis posibilidades, no dar el menor pie a suspicaces objeciones.

Para ser franco en absoluto, he de confesar que me duele destruir ese adorno externo de mi libro, pues se reduce a una noble exalta-



después de meterse ella en cama. Me zumba la cabeza y se me ha puesto pastosa la boca.

Pero no achaquemos a egoísmo únicamente mi pena en este caso, no; quiero a Teodora igual que a una hermana, y la profeso una gratitud profunda. Desde mi niñez, ella, mocita a la sazón, ha desplegado conmigo atenciones maternales. La evoco en la antigua capital castellana donde nacimos ambos, regalándome golosinas, a escondidas de mis progenitores, o contándome cuentos; ya entonces poseía ese aspecto monjil, que ha ido con el tiempo acentuándose, y esa mansedumbre alegre que iluminaba su semblante desairado; ya entonces nos reíamos de su exagerada religiosidad, a la que asociábamos su afirmación de no casarse, y, en efecto, la ha sostenido sin ausencia de pretendientes, pues sus padres gozaban de cierto desahogo pecuniario que se la transmitiría, y aunque fea, no ha sido repelente. Cuando matrimonio, nos sirvió de madrina, sorprendiéndonos su obsequio espléndido. Más tarde, mi esposa y yo vinimos a habitar en Madrid, adonde reclamamos su presencia, al cabo de un lustro, para el bautizo de nuestro hijo, que presidió en calidad de madrina también; a los seis meses volvía a visitarnos con motivo de la muerte de su ahijado. Hace diez años, en seguida de quedarme viudo, acudió asimismo a acorrerme en el duelo; la propuse regentar mi casa, a lo cual condescendió, arreglando sus asuntos con el fin de trasladarse aquí, y diez años lleva a mi lado, útil y solícita.

Es extraño cómo se echa de menos a esas personas que se mueven dentro de nuestro círculo, y en las que no se repara siquiera. La borrosa Teodora estaba desprovista de importancia para mí, y, sin embargo, a la sola presunción de su muerte, me conduelo de un modo insospechable. Jamás me ha fallado su asistencia en los trances decisivos, desdichas o venturas; la costumbre de que desde la infancia me cobije su maternidad de solterona explica que a los cincuenta y dos años cumplidos continúe siendo, respecto a ella, el muchacho a quien regalaba caramelo y contaba cuentos con su gangosa voz de beata joven.

Cada vez que franqueaba hoy su alcoba — ventiladísima, por prescripción facultativa, y saturada de un balsámico olor a desinfectantes—se me endurecía en la garganta un nudo al contemplarla sofocarse sobre su lecho demasiado blanco, afnada, y me atreveré a decir que embellecida por el sufrimiento. En su delirio hablaba de mí, soñando cocinar guisos de mi gusto, o regañaba a Francisco por hacer ruidos que me molestasen. A ratos, resurgía su lucidez, y al preguntarle yo que cómo se encontraba, respondía indefectiblemente:

—Regular.

Luego añadía esta pregunta u otra análoga:

—¿Qué tal te han dado de comer?

—¡Bah! No te ocupes de esas menudencias.

—A ver si mañana me levanto.

Y tornaba a sumirse en su sopor febril.

¿No es emocionante este desinterés? ¡Pobre Teodora!... Esencialmente buena y modesta, casta de temperamento—ignorancia o insuficiencia orgánica—, ha pasado por la tierra como una sombra, y morirá sin haberse estremecido de amor o de odio, con la carne impoluta y el espíritu imperturbable. No ha vivido, en realidad; pero ha ayudado a que otros vivan; se ha hecho necesaria y ha alomhadillado con su dulce auxilio las asperezas por donde caminaba el prójimo, concretándose a su papel de criatura sin relieve. Encierra eso una lección de perfecta filosofía y un ejemplo incontrovertible contra la democracia, aun cuando de positiva justeza. Si la mayoría de la humanidad desempeñase su misión con tan concienzuda exactitud, no tardaríamos en obtener la paz deseada entre los hombres... una paz algo gris.



Insisto en que me intriga lo de que un ser incapaz de amor, en su sentido estricto, como Teodora, resulte imprescindible a los individuos normales. De esos seres incapaces de amor, cuyo organismo no reclama determinadas expansiones con la vivacidad que los demás, y a veces en manera alguna, brotan los redentores y los mártires apostólicos, antorchas de magnas ideas. ¿Habría que convenir, por ende, en que, mirándolo desde un punto de vista especial, el amor es una cosa secundaria?... Mirándolo desde un punto de vista especial, sí. ¿Por qué no? La generalidad requiere para su mejora seres excepcionalmente sublimes; pero sólo con este carácter

de excepción, pues no siendo así, su comportamiento y el exceso de su estímulo acarrearían el triunfo de la esterilidad, el caos.

Noto que desbarro: la fatiga. Con todo, proyecto velar la noche entera al cuidado de Teodora, sin asegurar que a intervalos no me adormile en la butaca, situada a la cabecera de su cama. El agradecimiento me obliga a aguantar tanta incomodidad. No concuerda con mis individuales teorías el sacrificio que admiro; pero juzgo que al presente debo sacrificarme, y me conformo... En el fondo, halaga y enorgullece pagar una deuda. Por eso voy junto a la infeliz. ¡Qué noche me aguarda!

3 de mayo.—Teodora está peor; está desahuciada. Nos ha quitado toda esperanza el médico. Me aduzco que tal vez se equivoque, y por la noche haga crisis la enfermedad; mas no lo espero. Sin saber por qué, a partir del primer

Afrodita yace dentro de mi mesa de trabajo en el mismo estado. No me espolean las ganas para nada, y mucho menos para corregir mi obra, lo cual exige una ecuanimidad de que no dispongo.

A momentos me indigno contra Teodora por haber venido a perturbar con su dolencia la quietud en que permanecíamos, y al punto me avergüenzo de tan innoble injusticia.

5 de mayo.—Ayer murió Teodora, a media tarde. Se quedó entre mis brazos «como un pajarito» para emplear la ingenua expresión de la gente; en la cámara mortuoria irrumpía la primavera, cariciosa o cruel, y un tibio rayo del declinante sol besaba sus dos manos crispadas sobre la albura del embozo. Por la mañana, durante un interregno despabilado, había pedido confesar y comulgar, comprendiendo que agonizaba, y, dóciles a su voluntad, habíamos hecho que la visitase un sacerdote con el imponente aparato de estos actos; nos habían invadido la casa vecinos de los hoteles próximos y transeúntes agregados al séquito clerical en la iglesia y en la calle; aun trascendía a la cera de los cirios y figurábasenos oír aún el murmullo monótono de las plegarias rezongadas por el cura en mal latín. Yo estaba excitadísimo, y con objeto de no engañar, declaro que a raíz de la muerte disfruté un paradójico alivio doloroso, pero alivio incontestable, ese alivio que produce cualquier enigma al esclarecerse, aunque nos traiga una desilusión o una tragedia. De noche pude dormir ocho horas por primera vez después de siete días, mientras Francisco y Mariana velaban el cadáver.

¡Pobre Teodora!... Rígida en su mortaja carmelita dentro del ataúd, enredadas a sus dedos las cuentas de un rosario, ofrecía la hierática visión de una abadesa muerta. Se iba del mundo tan limpia de culpa como entra en el mundo un niño, y al ungirle con los óleos rituales, el sacerdote la había perdonado los pensamientos impuros que no supo ella tener, las palabras obscenas o sacrílegas que no supo pronunciar, los goces olfativos que no supo aprender, los espectáculos indecorosos en que no supo complacerse, las impiedades de que no supieron holgarse jamás sus oídos pueriles... No regaron su entendimiento los tres ríos igneos que define Pascal, influenciado por San Juan: la pasión de sentir, la pasión de conocer y la soberbia de la vida. Trasponía los umbrales del misterio sin haberse conmovido ante misterio ninguno; nonata al cabo de sesenta años, cual un libro en blanco, cual un arpa muda.

La hemos enterrado hoy, tras de seguir durante largo trecho, bajo un cielo uniforme de porcelana, su carroza fúnebre, negra y plata en razón de la edad, sin perjuicio de corresponderle esa carroza que conduce a las doncellas difuntas. Ha acompañado el sepelio poca gente, porque he expedido muy escasas esquelas de invitación. ¿Para qué?... De seguro ella optaría por que nadie más que yo la hubiese escoltado a la postrer mo-

Naturalmente, El cinturón de



rada, pues siempre fué enemiga del tumulto. Y sencillamente, confidencialmente, varios deudos hemos dicho adiós a su cuerpo dormido en lo hondo de una fosa.

Era de noche cuando he regresado a casa del entierro. Imperaba una tranquilidad enorme. Me he estremecido al ver cerrada la puerta de su alcoba, mostrándoseme ésta otra tumba de donde se la hubiese exhumado como de una de las sepulturas que acogen por corto tiempo las carroñas plebeyas, y me he reclinado en mi despacho para que ni Francisco ni Mariana presencien mi congoja.

Todo había acabado... Me rodeaba un gran vacío: las cosas revestían meras apariencias, desprovistas del calor cordial que a su embuste aportamos; las personas también... Me abruma esta desolación de lo existente, tan muerto en puridad como lo inexistente; me vencia la certidumbre de mi indefensión contra miles y miles de minucias, induciéndome a lamentarme por la pérdida de Teodora como no me lamenté por la de mi mujer o por la de mi hijo, puesto que entonces se me brindaba el refugio maternal de su regazo, el consuelo de su asiduidad callada; pero ahora estaba solo, inexorablemente solo, a merced de las naderías que trastornan nuestro equilibrio, abandonado a la penuria de mis propias fuerzas. ¿Cómo se hará añorar hasta tal extremo quien no representaba nada? ¡Ay, Teodora, Teodora! ¿De qué guisa voy a manejarme sin tu apoyo?... Algo equiparable a lo que experimento, debe experimentar el hombre que se quede ciego de repente; advierto que se adensan y me oprimen unas tinieblas extrañas. He terminado de ser aquel chiquillo a quien mimó ella, para convertirme, de golpe, en este viejo sensible que emborrona de lágrimas las páginas de un diario donde escribe ridiculeces insensatas...

44 de mayo.—Teodora me ha legado su fortuna, más cuantiosa de lo que yo suponía. Aunque careciera ella de herederos forzosos, no había podido ocurrírseme que la heredara íntegramente; más bien pensaba que dejaría una gran parte de su caudal a las instituciones religiosas. Además, me extrañaba cómo, siendo rica — porque ya no me está consentido dudar de que lo era —, se ha prestado, durante diez años, a actuar de ama de gobierno; y se me ha aparecido el tesoro de bondad que esa simple criatura albergaba en sí sin la menor ostentación y sin la menor conciencia de su amplitud.

¡Teodora!... En la actualidad la deploro como nunca; mi casa está desierta desde que ella salió, y mi corazón de quincuagenario egoísta, más desierto. De lejos o de cerca, ella me había protegido en todo instante, comparable a una de esas hadas que en los cuentos infantiles protegen al hijo de un rey, a través de las peripecias absurdas, con la salvedad de que en el curso de mis días han acaecido contadas peripecias y vulgaridades, y he aquí que me desplomo anonadado, al igual del príncipe



del cuento a quien se le hubiera muerto su hada...

Pero relataré lo más inconcebible.

Esta mañana me he decidido a registrar escrupulosamente el cuarto de mi prima, pues no conviene demorar estas tareas, transcendentísimas en ocasiones. Entre Mariana y yo hemos revistado las ropas, casi conventuales, y distintos efectos sin interés. Sólo faltaba registrar una antigua arqueta de ébano y de concha, guardada en un armario, y cuyas llaves hemos descubierto, por casualidad, en el bolsillo de un vestido fuera de uso. He ordenado retirarse a Mariana y he trasladado la arqueta a mi despacho, recelando alguna anomalía.

Jugaba la llave, a pesar de su olvido en el bolsillo de una prenda que su dueña no gastaba ya, y luego de abrir la tapa, he empezado a extraer del escondrijo un montón de objetos enternecedores: cierto retrato mío de adolescente, firmado a Teodora con una hermosa letra redondilla, y del que ni por asomo me acordaba; mi lazo de primera comunión, cedido por mis padres a la beata sobrina; la participación de mi matrimonio, con el nombre de mi mujer tachado por un trazo duro; unas flores secas, cogidas no sé dónde, ni por quién; una cruz y una cadenita de plata con que obsequié en mi niñez, obedeciendo un encargo de mi

madre, a la bondadosa prima; numerosos artículos científicos que he publicado en diversas revistas, y que ella había reunido, no discerniendo por qué procedimiento; mi pipa, en fin, aquella pipa de espuma, medio culotada, que extrañé hace siete años y que ya había desistido de recuperar... No soy vanidoso; pero tengo ojos, y ante detalles tan elocuentes, se me ha impuesto la evidencia.

Teodora estaba enamorada de mí; comenzó a estarlo no bien pisé los linderos púberes. A la postre descifra lo de que no quisiera casarse, lo de que condescendiese a residir conmigo cuando la llamé y lo de que me nombrase su heredero universal... Sí, estaba enamorada, y a su amor le bastaron ese culto secreto de todos los instantes y esa dulce protección de sombra custodia en que envolviera abnegadamente mi existencia; con esto fué feliz y así se deslizó dos lustros en mi atmósfera, sin pesadumbres ni inquietudes, sublime carcelera de un arcano admirable. Convivimos con las personas, nos vanagloriamos de leer en su alma, conceptuamos sencillez lo que entraña un refinamiento de impenetrabilidad, y se van de nuestro lado sin que hayamos conocido nada de ellas. ¿Quién sospecharía el sentimiento que germinaba, vigilaba y se agitaba en torno a mí, fiel, altivo y silencioso.

Siendo, por consiguiente, un he-

cho, este sentimiento contradictorio mis fantasías materialistas acerca del amor platónico, esas fantasías con tanto brío sustentadas y que se desmoronan ante las realidades. Un patológico caso excepcional confirmaría la regla; pero infiero que esos casos deben de repetirse más a menudo de lo que yo presumía, que constituyen el verdadero amor, y que ese instinto meramente animal, ensalzado por mí en *El cinturón de Afrodita*, está tan distante del verdadero amor como yo estaba distante de identificarlo en mi amadora. No; la literatura no engaña: Don Quijote puede amar a Dulcinea transfigurada por él mismo; Abelardo prosigue amando en sus cartas a Eloísa, y la *madame Arnoux de L'éducation sentimentale*, sin entregársele, ama a Federico Moreau con una intensidad con que no le amaría si se le entregase. ¿Por qué, pues, he pretendido convencerme y convencer a otros de lo contrario?... Porque yo no había amado a nadie de veras y propendía a calificar de aberración lo que mi bajeza no alcanzaba a asir. En el fondo, *El cinturón de Afrodita* equivale a un apóstrofe impotente, a un grito de nostalgia. ¡En cuántas situaciones no demostraremos aquello que ansiamos para persuadirnos de lo que no se nos persuadirá! Tras la prosa tendenciosa de mis apotegmas latía un movimiento impreciso e inconsciente hacia aquello que impugnaba, y cada falso escolio de mi obra enmascaraba un gesto de angustia. He tramontado los cincuenta y dos años sin haber vivido por lo que algo en mí no se resignaba a perecer antes del fruto; Teodora, emparedada dentro de sí propia, virgen a la vejez, ha vivido infinitamente más que yo.

Presa de un automatismo irresistible, he buscado el manuscrito de *El cinturón de Afrodita* a medio corregir—feto monstruoso, larva—, y sobre un brasero de cobre que hay en mi habitación he ido quemando poco a poco las cuartillas del blasfematorio engendro; no tenía el aire de un padre que asesina a su hijo, sino el de un juez que reparara una arbitrariedad. Cuando se ha consumido el legajo, he recogido del brasero, en una caja, las pavesas; he tapado la arqueta de Teodora y he respirado a gusto el humo soso...

Esta tarde, con las cenizas de mi libro al brazo, me he encaminado al cementerio, donde yace la vieja enamorada, y me he proporcionado el placer de aventarlas encima de su tumba. ¡Romántico placer, ilusoria ofrenda! En el ambiente diáfano revoloteaban las pavesas sin pulverizar, como plomizos lepidópteros, y se desvanecían, se deshacían. Me asaltaban una emoción y una beatitud indefinibles.

Cercano ya el anochecer, en casa, me he sentado a urdir estos renglones para descargarme el ánimo todavía, y ahora que la penumbra va extendiéndose, a punto de soltar la pluma, deduzco la humillante conclusión de que toda mi vida he sido un necio.

Germán GOMEZ DE LA MATA



## Monumentos nacionales::

# La catedral vieja de Lérida

Como altísima montaña en que las edades han ido señalando su paso con diferentes y sucesivas extratificaciones, simboliza la suntuosa fábrica de la vieja catedral, no una mera página arquitectónica, sino un volumen completo, una acabada obra, en donde por etapas, y con perfecto acuerdo, han impreso su carácter y su fisonomía cada tiempo y cada escuela. Todas las evoluciones del Arte en su aplicación religiosa durante los siglos medios pueden estudiarse en ella; evoluciones que ponen un alma en las frías piedras, sin rutinario procedimiento, sino espontáneamente, respondiendo el artista a sus propias inspiraciones.

Fué empezada su construcción a principios del siglo XIII, y es una de las más hermosas obras de la transición de la arquitectura románica a la gótica, con algunas influencias mudéjares, conservando toda la grandiosidad y severo carácter de aquella.

Aumenta el valor de este monumento para la historia de la arquitectura española de la Edad Media el conocerse las fechas de la mayor parte de las diversas construcciones y los nombres de los arquitectos que la realizaron, datos interesantes siempre y con mayor razón por lo que este monumento representa, no sólo en la arquitectura y en general en el arte de Cataluña, sino también en la de todo el territorio que comprendía el antiguo reino de Aragón.

Constituye un ejemplar importantísimo para el estudio de la transición románico-ogival en la baja Cataluña y de sus diferencias con el sincrónico de la alta y con el arte que los monjes cistercienses desarrollaban por aquella época en los monasterios de Poblet y Santa Creus.

Pedro de Camdó Como, proyectó y comenzó la construcción de la catedral en estilo románico; pero la disposición de los pilares del cuerpo de la iglesia, con relación al ancho de las naves laterales, si no se alteró durante la construcción, indica que debió proyectarse desde un principio para cubrir la con bóveda de arista gótica.

La construcción se llevó muy lentamente, pues transcurren sesenta y cinco años desde la colocación de la primera piedra hasta la consagración del templo, y aun ésta debió hacerse sin estar terminada; pero la unidad de caracteres de sus fachadas dentro de la arquitectura románica, excepto las partes que han sido reformadas o añadidas posteriormente, indican un gran respeto y sujeción al proyecto primitivo, además de la persistencia del arte románico en Cataluña y de su influjo, como lo prueba las portadas adosadas y construidas dentro del mismo estilo.

Durante el tiempo que transcurre desde la colocación de la primera piedra hasta la consagración del templo, la arquitectura gótica, que había ya producido en Fran-

cia sus mejores obras, alcanza su completo desarrollo, no pudiendo ya prescindirse de los problemas constructivos que había planteado y resuelto; así, al llegarse al arranque de los arcos y de las bóvedas, se adoptó las formas y estructuras del nuevo estilo, estuviera o no así proyectado y pensado desde su origen, únicos elementos extraños introducidos y los que determinan su carácter de transición, conservando en todo lo demás, en los pilares, ventanas, portadas, en la composición de su fachada, lo mismo en el cuerpo de la iglesia que en las naves del crucero y los ábsides, los elementos característicos del estilo románico, estilo que predomina igualmente en la parte decorativa.

Y al limitarse a tomar de la arquitectura gótica la forma de los arcos y la estructura de las bóvedas, se hizo solamente en su forma más sencilla y meramente constructiva, sin más moldura que la de los arcos diagonales, conservando la sencillez de la arquitectura románica, sin admitir el sistema de arbotantes, grandes pilares, contrafuertes y pináculos de la gótica, dándose con ello gallardas pruebas de la gran maestría en el arte de construir al conseguir, sin tener que recurrir a aquellos elementos de contención, la gran solidez y estabilidad que le ha permitido llegar a nuestros días sin que se haya producido el menor movimiento en su fábrica, ni el menor indicio de ruina, no obstante las alteraciones sufridas para su adaptación para el acuartelamiento de tropas, después de trasladado el culto a la nueva catedral en el siglo XVIII. Solamente la acción del tiempo ha ocasionado en algunas partes la descomposición de la piedra de sus fachadas.

En los cinco siglos en que el templo estuvo dedicado al culto catedral se hicieron continuas reformas y adiciones de capillas, sepulcros y portadas, que en este caso, como por lo general en la mayor parte de las iglesias, especialmente en las catedrales, constituye su mayor valor para la Historia y para el Arte.

El cimborrio no debía estar construido en la fecha de la consagración de la iglesia, pues claramente se ve que es posterior; tal vez estuviera cubierto el crucero por una bóveda ochavada sobre las trompas, que aun conserva el estilo lombardo; pero que en Cataluña hay muchos ejemplos, subsistiendo algunos anteriores a la catedral, construyéndose después la linterna por Pedro de Peñafreyte, que murió a los pocos años de consagrado el templo.

La construcción del claustro se llevó aún con más lentitud que la de la iglesia, y sus caracteres así lo indican, pues aun conservando todavía la tradición y la robustez de la arquitectura románica y lo mismo la decoración de alguno de sus motivos ornamentales, se ve ya lo característico de la gótica en las archivoltas y muy especialmente en capiteles e impostas.

Sobre el estilo de la catedral debe tenerse en cuenta que, aunque el nombre de Petrus Dercumba, con el que su primer arquitecto figura en la lápida conmemorativa de la colocación de la primera piedra, sea Pedro de Como, y diere al templo un origen lombardo, hay que reconocer que al trabajar en Cataluña abandonó o alteró completamente el estilo propio de aquella región italiana, pues poco hay en la obra por él erigida que a aquel arte corresponda, aparte de aquellos caracteres y elementos que son comunes a todas las

ramas de la arquitectura románica en los monumentos que se conservan de este estilo.

Ni la planta, ni la estructura, ni la composición de sus fachadas tienen de aquella arquitectura mas que aquellos caracteres generales a la románica; sólo la disposición de las torres y la del claustro delante de la fachada principal, sirviendo de ingreso al templo, conforme a la traza de las antiguas basílicas cristianas, recuerdan aquel origen; pero la situación del claustro, descentrado, con relación al eje de la iglesia, como sucede en la iglesia de San Clemente, de Roma, está motivado por las condiciones del terreno en que la catedral fué construida, que debió hacer imposible o difícil adoptar la disposición general, constituyendo, acaso por esta razón, un caso excepcional en España.

La parte decorativa, muy especialmente las portadas de la Anunciata y la de los Infantes, las partes más notables de este monumento y verdaderas maravillas de ejecución, nada tienen que sean genuinas del arte lombardo; falta en ella los motivos característicos de este arte, figurando, sin embargo, los que representan a la arquitectura normanda-siciliana: pertenecen más bien al estilo anglo-normando, y una y otra puerta, aunque con elementos y caracteres análogos y de origen común, señalan dos caminos distintos de los artistas que trazaron y labraron ambas portadas. En ellas está ya marcado el influjo del arte gótico, constituyendo verdaderos ejemplos de transición.

Hay otros motivos que son comunes y que se encuentran en todas partes adonde llega el arte románico con su extraordinaria expansión, no sólo en la arquitectura, sino también en las iluminaciones de códices, cruceros, arquetas, relicarios y otros objetos artísticos, motivos que, mezclándose con elementos de análoga composición de las arquitecturas cristianas orientales, producen diferentes escuelas claramente definidas, entre ellas la lombarda, que no puede confundirse con aquellas ni con la que caracteriza a la catedral leridense.

Presenta ésta una gran armonía y unidad de composición; los elementos ornamentales presenta, por el contrario, una extraordinaria diversidad, así en sus portadas como en los capiteles e impostas, lo mismo en la iglesia que en el claustro, constituyendo, en conjunto, riquísima colección, en que la veracidad alcanza al carácter, a la composición y a la ejecución, siendo verdaderas maravillas de dibujo y de tecnicismo.

En los capiteles se encuentra, desde los de tradición clásica hasta los más característicos de los estilos románico y gótico, y aun influencias de la flora arquitectónica árabe en la composición. Estos capiteles tienen gran valor histórico, artístico y etnográfico; unos, con la exuberante fantasía

## EL CABALLERO DE LA MANO AL PECHO

En el pecho descansa, como un lirio, la mano,  
una mano afilada, pulida, marfileña;  
hay un sereno gesto en su rostro alargado;  
una vaga inquietud en sus pupilas sueña.

Desde el oscuro fondo del cuadro, su mirada  
ve desfilir la vida, serena e impasible,  
y refulge el marfil de su mano alargada  
como una blanca flor de un jardín imposible.

Una gran flor simbólica, eso es tu blanca mano,  
símbolo de altivez, de pureza, de paz,  
y brillan las inquietas llamas de tu pupilas  
en el místico marco de tu pálida faz.

Te dió vida el pincel visionario del Greco;  
Toledo conoció tus negras vestiduras,  
y de tu grave voz aun conservan el eco  
sus ruas solitarias, silenciosas y oscuras.

Te consumió en su hoguera la santa Inquisición  
por el solo delito de pensar libremente;  
tu boca tuvo un gesto de desdén... y perdón,  
y la inmortalidad puso un beso en tu frente.

Fernando IGLESIAS FIGUEROA



del arte románico, en los que la tosquedad de ejecución no disminuye su valor arqueológico; otros, en que la belleza de ejecución, modelo y dibujo, recuerdan las buenas obras clásicas.

Los ábsides laterales en estilo gótico, la linterna del cimborrio, la hermosa puerta de los Apóstoles, obra ya del siglo XIV, que da entrada al templo, con su original y rico pilar historiado, son interesantes detalles que realzan doblemente el valor de la catedral.

La puerta de la capilla de Jesús o de Cóscomes, que conserva un amoroso recuerdo del estilo románico, con su arco casi de medio punto; la capilla de Requesens, con la primorosa clave de la bóveda y los nervios de ésta, decorados con escudos y figuras, ejemplar tal vez único; los sepulcros, como el del canónigo Berenguer Debarrutell (1432), y el hermoso campanil, contribuyen a que este templo presente toda la evolución de los tres siglos de la arquitectura gótica, desde los primeros albores de la transición del románico, hasta las últimas manifestaciones y su desaparición con la aurora del Renacimiento; desde las más sencillas, severas y grandiosas manifestaciones de sus primeros tiempos, a cuanto más delicado pudo producir este arte.

Se admira en este raro conjunto que no hay disonancias ni mezclas, sino dulces transiciones; armónico, enlazado con la mayor inteligencia, habla a nuestra alma con exquisito lenguaje. Resulta patente la originalidad de esta obra, gigante creación con que el genio selló su poderío, reflejo de una época en que, al mismo tiempo que se consolidaba el edificio social sobre firmes cimientos, llegaba el pensamiento a lo infinito, bello y grande.

Mariano PADILLA

## EL NOVELISTA Y EL FRAC NEGRO

Un original concurso celebrado en la Argentina ha puesto de relieve la invención del frac negro, o, por lo menos, la imposición de su moda.

Los escritores ingleses reivindicaban para Inglaterra el honor de haber visto nacer el frac negro, e invocan en apoyo de este aserto la novela de lord Lytton, aparecida en 1830, en la que la heroína principal decía a su hijo: «No me gusta nada tu frac azul; estás mucho mejor vestido de negro, y con esto te hago un gran cumplimiento, porque es preciso poseer gran distinción para llevar el negro.»

Esta frase llevó a la alta sociedad británica la boga del frac negro, moda que en seguida copiaron los demás países.

## Quiesco de EL IMPARCIAL

:- Anuncios :-  
:- Suscripciones :-  
:- Esquelas :-

Calle de Alcalá  
(esquina a Barquillo)

# LOS DOS HERMANOS DE BETHANIA

Los frutos aromáticos de Oriente se confundían con las ricas telas de Damasco; las monedas romanas rodaban hasta hundirse en el lodo, y por el fondo de la calzada que daba acceso al templo corrían, se empujaban en tropel, los tiernos corderillos y los tímidos polluelos, que, temblantes, buscaban refugio en los huecos de las casas.

En la puerta del templo había aparecido un hombre de noble aspecto; llevaba en su rostro toda una juventud augusta, en sus ojos un centelleo de iluminado y en su diestra un látigo, que esgrimía enérgico mientras exclamaba: «Quitad de ahí todo eso y no convertáis la Casa de mi Padre en casa de negocios»...

Los mercaderes le miraban atónitos; estaban acostumbrados, sin embargo, a escucharle; era algo muy suyo aquel hombre que, descendiendo de Nazaret, había traído a la capital de Judea corrientes de paz y de amor, envueltas siempre en palabras dulces y armoniosas, sin que ninguna estridencia hubiese entibiado nunca sus predicaciones suaves, llenas de mansedumbre y humildad.

Pero esta vez había adquirido su voz acentos de amenazas; sus palabras habían temblado de cólera, y los que tantas veces escucharon emocionados sus parábolas, le oían sobrecogidos al ver florecer en sus labios todos los matices de la indignación.

Y María, la cortesana de las trenzas rubias como los trigales sazonados por el sol de Judea, había parado frente al joven Maestro y observaba su creciente enojo con una admiración progresiva, mientras a su lado, Natam y Aldahel, murmuraban en su oído madrigales de pasión y de deseo. Los dos hermanos, que vieron su primera luz en Bethania y que juntos habían crecido al cuidado de la hacienda del padre anciano, juntos habían llegado a la juventud y juntos fatalmente fijaron sus ojos en los de la bella cortesana, flor de los jardines judíos, y de cuyo aroma ya habían gustado muchos centuriones, quedándose también algunos pétalos prendidos en la toga de los Pretores.

El afecto fraternal que unía a Natam y Aldahel se fué enfriando al observarse mutuamente y adquirir el convencimiento de sus propias inclinaciones, y desde aquel momento no se recataron el uno del otro, y los que juntos crecieron y trabajaron, juntos cortejaron a la cortesana, que admitía el asedio como un justo homenaje a su belleza, pero sin mostrar preferencia alguna por los dos hermanos, que consumían sus vidas en las llamas del deseo y de la incertidumbre.

Y la cortesana siguió la calle, pensativa; por la ciudad se había extendido la nueva de lo acaecido en el templo, y un confuso tropel de hombres, frenéticos y aullantes, irrumpió en las calzadas, débilmente contenido por los soldados del Pretor.

María, envuelta por la muchedumbre que avanzaba impetuosa,

tembló, y en peligro de ser derribada, ocultó su cuerpo en una puerta, al mismo tiempo que de sus manos se desprendía un ramillete de rosas rojas como la sangre y que habían florecido en los jardines de Jericó; sobre las flores caídas se arrojaron los dos hermanos, los corazones palpitantes y plenos los ojos de un odio vengador, y los dos lucharon por el ramo, y en el afán de hacerlo suyo, hirieron sus manos con las espinas punzadoras, y no fueron sólo las rosas las que enrojecieron, también la tierra se cubrió de un rojo cárdeno...

Y entonces todo el coraje contenido, todo el odio que albergaban sus pechos, estalló, y olvidaron su niñez dichosa, su hacienda perdida, el padre anciano, su juventud pujante, y se acometieron con saña, con fiera, con toda la acometividad ancestral de la raza, y al concluir la tarde, la luz del plenilunio alumbró dos cadáveres medio desnudos, confundidos en estrecho abrazo, mientras sus bocas parecían lanzar una blasfemia y sus puños se crispaban, fraticidas, en las carnes del hermano...

Y el anciano lloró, lloró mucho, con un llanto manso y silencioso; vió el campo yermo esperando amoroso las manos juveniles que lo labraban; vió los bueyes pacientes sacudir sus bellos perezosos; vió la noria parada, con sus cangilones reseco y crujientes, enseñando su osamenta al sol; vió su ruina, su felicidad perdida, su muerte solitaria; maldijo a la mujer y, salmodiando una plegaria, se entregó fatal a su destino.

Pasaron varios días de honda tristeza para el anciano; largas horas de angustia y de dolor colmaron de amargura su pecho y encorvaron su busto hacia la tierra. Una tarde que, sentado a la puerta de su choza, recogía afanoso los postreros rayos del sol, escuchó las voces de un rapaz que, entre exclamaciones de asombro y de lástima, refería que Jesús de Galilea había sido preso y que las turbas le injuriaban, que sus discípulos se habían dispersado y que sólo quedaba de su admirable doctrina un recuerdo de paz y de fraternidad.

Y en aquel momento el sol, que relucía espléndido, se nubló, la noche avanzó rápidamente, las tinieblas envolvieron los campos, las aves nocturnas emprendieron su pesado vuelo, por Oriente se encendió una estrella, y la tierra, convulsa, volvió a la vida a los que en su seno dormían por una eternidad.

Y el anciano, mudo de estupor, vió avanzar por los extremos opuestos de la calleja a sus dos hijos redivivos; venían veloces, anhelaban encontrarse, pero en sus ojos no relucía el odio; llegaron, y en lugar de acometerse, se fundieron en un abrazo de olvido y de perdón.

Y el padre corrió hacia ellos; las lágrimas bañaron su rostro curtido, y al ver que la tierra le

devolvía sus hijos, tornó el color a sus mejillas, vió otra vez los campos cultivados, la mies exuberante, la vida placentera, y comprendió que tanta dicha era debida a un sacrificio tan sublime y tan grande que él no alcanzaba a comprender; pero un presentimiento, un grito de su alma, le decían que aquella ventura se lograba a cambio de la inmolación de una vida inocente...

Y entonces por el fondo de la calle llegó corriendo, los cabellos en desorden, los ojos cubiertos de lágrimas, el rapaz que, sollozante, gritó hasta enronquecer:

¡Madre, madre, han muerto al Nazareno...!

Joaquín GALLARDO RUA

## Libros recibidos

La editorial Cervantes ha puesto a la venta, en un pequeño tomo cuidadosamente presentado, una selección de las mejores poesías de Edgar Poe.

Poe no fué tan sólo un cuentista. Su genio poético se reveló también entre relámpagos magníficos de pensamiento y de belleza, que iluminan con su luz mundos de misterio y regiones arcanas de la subconciencia. Edgar Poe, que abrió a los hombres sendas desconocidas hasta entonces del grande y divino misterio que rodea nuestra pobre vida.

En esta selección figuran todas las poesías que han labrado el impercedero renombre del vate norteamericano, admirablemente traducidas por notables poetas de nuestra raza.

Con el sugestivo título de *Villagris* acaba de publicarse una obra, de la que es autor D. Jesús G. Robés, y en la cual se describen con gran acierto tipos, costumbres, escenas y escenarios de la región asturiana.

La vida gris y perezosa que se desarrolla en el ambiente pueblerino encuentra exacta descripción en el libro de referencia, cuyo estilo llano, fluido y familiar, no exento de bellezas, contribuye a dar amenidad e interés a la delicada trama novelesca.

## EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14.-MADRID.-Apartado 502

Acaba de aparecer

## "LA ESPADA DEL SAMURAY"

NUEVA OBRA DE

Rufino Blanco-Fombona

Precio: 6 pesetas

libro interesantísimo, de uno de los escritores más briosos y cultos de Hispanoamérica, en donde se plantean hondos y transcendentales problemas de Literatura, Sociología y Política contemporánea

En todas las librerías y en la  
= CASA DEL LIBRO =  
Pl y Margall, 7 (MADRID)





MUJER!

BELLEZA. PLACERES.  
ILUSIÓN...

**SELLO YER**

SALUD, ALEGRIA,  
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos  
y será usted dichosa



**CARLOS GODPEL**  
**FABRICA DE RELOJES**

